

CAR.—¡Qué has de enamorar, si no distingues a nadie a dos pasos de distancial

D. INO.—Todo es cuestión de que se aproximen un poquito más...

CAR.—(Riéndole afectuosa.)—Abuelo...

D. INO.—Pregúntale a don Andrés, que aún me conoció en una de mis primeras juventudes, pregúntale quién era yo. Y en cierta ocasión nos encontramos frente a frente; pero confieso que fui vencido, pues la dama, con buen acuerdo, se decidió por hacer dichoso a don Andrés.

CAR.—¿Cómo? ¿Se casó usted...?

D. AND.—No, no. Sin duda por eso dice don Inocencio que me hizo esa dama tan dichoso.

CAR.—¡¡Muy bien!!

D. AND.—¿No me guarda usted rencor por la aventurilla?

D. INO.—No. Muchas cosas he guardado en mi vida, buenas y medianas; pero de eso, de rencor, no he guardado ni un ápice jamás.

D. AND.—Ni yo.

D. INO.—¿Para qué, verdad? El corazón es muy pequeño de volumen; apenas si caben en él los amores y las amistades leales, y me parecería criminal, para conservar los malos sentimientos, robarle sitio y espacio a los sentimientos buenos.

D. AND.—Dice usted muy bien...

ESCENA VII

DICHOS: MARIA CRUZ por la izquierda

M. CRUZ.—Hola, don Andresito. La carta.

D. INO.—¡Venga, venga!

D. AND.—¿Qué es eso, que tanta alegría le causa?

CAR.—Eso es la reja en que se asoma María Cruz.

D. AND.—Pues a embozarse tocan, don Andrés.

D. INO.—¿A ver qué has puesto?

M. CRUZ.—(Leyendo)— «Vistanella, 15 de Mayo de 1917... Adorado Gabriel: Te escribo...»

D. INO.—¡Eso ya va mal! Ahi falta una palabra: nieto, adorado nieto.

M. CRUZ.—Ya se sobreentiende, puesto que eres tú quien le escribe.

D. INO.—No, no; la letra es tuya, y si se figura que lo es también la adoración se nos queda la del pobre abuelo en el tintero. ¡No hagas trampas, María Cruz!

M. CRUZ.—Se rectificará.

D. INO.—¡Que vea pronto de qué se trata! Y

por mi gusto, ya le pondríamos algo cariñoso en el sobre para que comprendiera inmediatamente que es carta de albricias.

CAR.—¿En el sobre, abuelito?

D. AND.—¿Una figurita, un corazón con una flecha?

D. INO.—¡No, figuritas, no señor! Pero en vez de don Gabriel Roca podíamos poner don Gabrielillo Roca.

D. AND.—Ya póngale don Gabrielillo Roquillo...

D. INO.—No, señor, porque eso sería una marrachada. Y lo otro no; tan no, que le apuesto mi mano derecha a que Gabriel, leyendo lo de Gabrielillo, sin romper el sobre adivinaba todo el amor de quien le escribe y se llevaría la carta a los labios o al corazón... ¡a ese corazón que no sabe usted poner más que pintado, señor Registrador de impropiedades de Vistanella!

D. AND.—¡Con la Hacienda pública no nos metamos, señor don Inocencio!

CAR.—Cálmese, don Andrés.

D. AND.—¡No nos metamos con la Hacienda pública, señor don Inocencio!

D. INO.—¡Pues me meto!

M. CRUZ.—Cálmate, abuelo. Pondré lo de Gabrielillo, que me parece muy lindo.

D. INO.—¿Verdad?

M. CRUZ.—Lindísimo.

D. INO.—Pues dejemos a ese botarate y sigamos.

D. AND.—¿Ve usted la diferencia? Dice usted botarate por mí y no me ofendo; pero hubiera usted dicho botarate por la Administración y le pido explicaciones.

D. INO.—Es que si usted se burla de mi nieto yo me burlo de la Administración.

M. CRUZ.—Escucha, abuelito, escucha: «Adorado nieto Gabriel: Te escribo...»

CAR.—(Advirtiéndolo.)—¡Juan!

M. CRUZ.—(Guardando la carta.)—¡Juan!

D. INO.—¿Qué pasa?

CAR.—Que viene Juan.

D. INO.—¿Y qué? ¿No es el hermano de Gabriel? ¿No es mi nieto, lo mismo que vosotros y tan amado como vosotros? Entonces ¿por qué receláis de su presencia?

M. CRUZ.—Temo que le parezca mal...

D. INO.—¡No! Juan es muy noble y muy honrado.

D. AND.—Demasiado.

D. INO.—En eso jamás habrá demasia.

D. AND.—La hay en todo, y él extrema su

honradez, y lo que es peor, la de los demás. Tiene un carácter tan rectilíneo y tan inflexible que hasta las bondades en él son martillazos. Lo quiero y lo admiro muy de veras... pero por nada del mundo le gasto una broma ni le cuento un chascarrillo, porque tengo la seguridad de que al decir el chiste ya estamos llorando él y yo.

D. INO.—Es algo serio, sí.

D. AND.—¿Algo? Un ciprés... o una copla andaluza, de esas de guitarreo, palmas, olés y cañas de manzanilla, y luego se arrancan:

Tengó a mi padre muriendo,
y a mi madre ya enterrada,
y yo estoy envenenado
del beso de una gitana.

¡Para que le sienten bien a uno las cañitas con esas coplas!

D. IND.—No hable usted mal de Juan.

D. AND.—Si es que lo merece.

D. INO.—Pues entonces le hablo yo a usted mal de la Administración, que también lo merece.

D. AND.—[Eso, no!

CAR.—(Desde el portón.)—Ya se apea de la jaca. (Pausa.) ¡Hola, Juan!

ESCENA VIII

DICHOS: JUAN por el foro

JUAN.—Hola, Carmen. Buenas tardes, todos.

D. INO.—¿Vienes de las viñas?

JUAN.—Y falta hacía, que en dos semanas no adelantó el trabajo veinte metros. Todas las carreras cegadas de hierbajos. ¡Es un dolor mirarlos! Pero ya previne al capataz que el lunes vuelvo, y si no se nota el adelanto le entregaré su cuenta.

D. INO.—Lleva veinte años en casa...

JUAN.—Por esa razón debí echarlo hoy mismo, que si lleva veinte años en casa y no le tiene apego ni ley a la casa, poco se puede esperar de él en lo sucesivo.

M. CRUZ.—Ya verás cómo el lunes quedó aquello a tu gusto.

JUAN.—Veremos.

D. INO.—Bueno que riñas, Juan, cuando sea menester, pero no castigues mucho, ya que por suerte nuestra tenemos muy sobrado para no ver alguna merma.

JUAN.—Es que si das un dedo se tomarán la mano.

D. INO.—No sé hoy lo que ocurre ni cómo serán las gentes; pero en mis tiempos, cuando yo gobernaba por mí mismo, siempre anduvo mi mano muy cerca de la de los trabajadores y no me la comieron ni me la robaron... y alguna vez la besaron.

JUAN.—¿Te cuentan de mí una injusticia?

D. INO.—¡No, no!

JUAN.—Pues déjame seguir entonces mi sistema, que lo primero de todo es el respeto.

D. INO.—Quizás tengas razón.

D. AND.—(*Aparte a Carmen.*)—Razón puede que tenga, como siempre, pero si yo viviera con este hombre, ya había yo salido por la puerta, por la ventana o por la chimenea y atufado de razones.

CAR.—¿Y los rebaños, tú?

JUAN.—Bien preparados parecen, y al amanecer saldrán.

M. CRUZ.—Pues como dicen por aquí, que las estrellas los miren y que den la güelta doblados, tantos corderos como ovejas fueron al salir.

D. INO.—Amén, amén. ¿Merendamos, don Andrés?

D. AND.—Cuando usted ordene.

D. INO. Pues a servirnos, muchachas, que

hoy la tradición de nuestra familia, como todas las del campo, quiere que en los días muy señalados no sean los familiares quienes nos sirvan a la mesa, sino los propios hijos, y cuanto más crecidos y de más posición social, más hermosa me parece tal costumbre.

D. AND.—Y lo es, realmente.

M. CRUZ.—Y nosotras muy a gusto lo cumplimos.

D. INO.—Ya lo sé, ya lo sé. Anda, pues, Carmen, a llevar el chocolatito y los dulces, y tú, María Cruz, sirvenos el agua fresca y recién cogida.

(*Mutis por izquierda, Carmen; y por derecha, María Cruz.*)

D. AND.—Es lástima que no se practiquen más las costumbres patriarcales...

D. INO.—Algunas, bien desaparecidas van; pero otras sí da pena que no quieran conservarlas. Yo soy muy apegado a ciertas ideas; creo que al primogénito se le debe poner el nombre de su padre; creo que la hija debe llevar al cuello las medallas que llevó su madre; creo que se debe festejar el día del santo y reunirse familia y amigos. El bisabuelo mío, el que hizo esta casa y compró aquí las primeras tierras, adquirió

su fortuna en California, en las minas, y conservaba en una cajita ocho brillantes que valen una buena suma... ¡Pues el abuelo no los quiso vender ni usar, y mi padre tampoco, y yo tampoco, y los conservo y me gustará que los conserven mis nietos como una reliquia! Que para nosotros tienen el valor moral de ser el origen de nuestra fortuna.

D. AND.—Y una reliquia deben ser para éstos. ¿No es así, Juan?

JUAN.—Así es.

D. INO.—El brazo, Juan. ¿Vamos, don Andrés?

D. AND.—Vamos, sí, señor.

D. INO.—Día de júbilo es hoy en mi casa, y al entrar en ella, cargado de años y de bienes, mi boca se complace en dar las gracias a quien tantos favores me concede.

(Quitándose el sombrero. Mu-
tis por izquierda don Inocencio,
Juan y don Andrés.)

ESCENA IX

MARIA CRUZ y NARCISA, luego GABRIEL

(*María Cruz, con media falda
arremangada y un cántaro pe-
queño, y Narcisa, por derecha.
Luego Gabriel por foro.*)

NAR.—Deje, señorita Cruz, que yo tiraré de la sogá.

M. CRUZ.—No, no; quiero hacerlo yo.

NAR.—Mucho cansancio no será...

M. CRUZ.—Y aunque lo fuera, no voy a quitar, excusándome de hacerlo, el poco mérito que pueda tener.

NAR.—Eso, sí. Entonces, ¿sigo entrajinando lo mío?

M. CRUZ.—Sí, ve.

(*Mutis Narcisa por izquierda.*)

GAB.—(Con una gran barba postiza, entrecana, y gafas.)—Buenas tardes nos dé Dios. ¿Hay posada?

M. Cruz.—Posada no es, buen hombre.

GAB.—Quise preguntar si me permitirían un momento de reposo...

M. CRUZ.—Con mucho gusto. Yo no mando aquí, pero sobrada soy para favor tan pequeño.

GAB.—Más quisiera todavía. Traigo sed...

M. CRUZ.—Pues aguarde. Voy a sacar la mejor agua que da la tierra en veinte leguas a la redonda y luego le aportaré un vaso para que beba a su sabor.

GAB.—Y si pretendiera beber por el mismo cántaro y sosteniéndolo tú en el aire con tus mismas manos... ¿te negarías?

M. CRUZ.—Sí es muy grande el capricho...

GAB.—Aún sería bien poco si no fuera más que eso. Es que tanto o más que con el agua se aplacará mi sed con el agrado que muestres al ofrecerla.

M. CRUZ.—Entonces no le negaré tampoco la voluntad, y al modo de su gusto podrá beber.

GAB.—Gracias te sean dadas, mujer... El siervo de Abraham se preguntaba: «¿Y cómo sabré yo que me recibirán gustoso, a mí, y a la misión que llevo?» Y él mismo se respondió: «Cuando pida el agua, si acerté con la mujer elegida, ella me contestará: agua te daré para que bebas tú y para que beban luego tus camellos...» Al entrar aquí, viéndome yo de peregrino y viéndote a tí junto al pozo me recordaste el pasaje del en-

cuentro de Rebeca y el siervo del patriarca.

M. CRUZ.—Bueno; pues Rebeca seré por un instante. ¿Trae camellos también?

GAB.—No...

M. CRUZ.—Entonces a usted solo voy a servirlo.

GAB.—Y pídemme tú algo en cambio para que yo pueda pagarte la bondad. No hablo de pagar materialmente y con monedas, sino con otro favor.

M. CRUZ.—¿Y yo qué le voy a pedir?

(Acercándose.)

GAB.—Muchas cosas. Por ejemplo... Yo sé leer a distancia; no en lo futuro, pero sí en lo lejano. Si te importara a tí algún ausente podría yo decirte ahora mismo cómo está o qué hace.

M. CRUZ.—¿Brujo?

GAB.—Tal vez...

M. CRUZ.—Todos los míos viven en esta casa.

GAB.—Bendita sea la casa que no cierra jamás sus puertas dejando fuera a ningún ser querido.

M. CRUZ.—Sólo el primo Gabriel...

GAB.—¿Le queréis todos?

M. CRUZ.—Sí.

GAB.—Y tú le quieres como todos o un poco más que todos?

M. CRUZ.—Esa pregunta no es de brujo; es de curioso.

GAB.—Perdona... y no contestes si te desagrada.

M. CRUZ.—No tengo por qué ocultarme. Le quiero bien... y nada más.

GAB.—¿Tu amor no es?

M. CRUZ.—Ni lo pudo ser; porque tiene sangre de volandero y me dejó a mí, como dejó la casa y nos dejó a todos.

GAB.—¿Quieres saber lo que hace ahora y lo que piensa el ausente?

M. CRUZ.—(Riendo.)—¡Bah, bah...! Le daré el agua.

(*Marcha hacia el pozo.*)

GAB.—¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres, María Cruz?

M. CRUZ.—(Volviéndose rápidamente.)—¿Cómo sabe mi nombre?

GAB.—El me lo dijo.

M. CRUZ.—¿Y cómo sabe usted que soy yo?

GAB.—Por las señas que daba: joven, guapa y buena.

M. CRUZ.—Ya pagó con una flor el favor.

Beba, beba, y después hábleme del ausente, si es verdad que lo conoce.

(*Se aproxima y tiende el cántaro para que pueda beber.*)

GAB.—¿No tienes miedo? Cuando un hombre bebe por la mano de una mujer es ya un poco como si bebiera en su corazón.

M. CRUZ.—El peligro de enamoramiento no me parece ahora muy súbito...

GAB.—¿Por mis barbas blancas? Pues dí tú que te complacería el verme joven, y por obederte, por agradarte un momento, me verás rejuvenecer.

M. CRUZ.—¿Otra brujería?

GAB.—Otra. Dilo.

M. CRUZ.—Beba, si le place.

GAB.—Aún, no.

M. CRUZ.—Pues déjelo.

(*Marcha a colocar el cántaro sobre el brocal.*)

GAB.—¿No te atreves a decirlo?...

M. CRUZ.—¡Mucha gana de broma tienes!

GAB.—(Quitándose la barba y las gafas.)—Es que lo verías con tus ojos...

M. CRUZ.—Broma, broma.

GAB.—¿Por qué no miras siquiera?

M. CRUZ.—Porque comprendo bien que se chancea de mí...—(*Volviéndose.*)—Pero por mirar que no quede el milagro sin lograrse... (*Pausa de asombro, no exagerado.*) ¡¡Gabrielll

GAB.—Gabriel, sí.

M. CRUZ.—¿A qué vienes?

GAB.—Mala pregunta es para dar la bienvenida... ¿La bondad que tenías con el desconocido se la negarás al que conoces?

M. CRUZ.—No, no.

GAB.—Pues entonces dime algo que no me llene de frío el alma al pisar los umbrales de mi casa...

M. CRUZ.—(*Yendo a él.*)—¡Gabriell

GAB.—(*Abrazando.*)—¡Cruz, Cruz!... ¿Te alegras de verme?

M. CRUZ.—¡Claro que me alegro! ¡Y qué boba yo no conociéndote! Y no fué lo más extraño el disfraz, sino que hablas de un modo como no hablaste nunca, y hasta la voz es más grave...

GAB.—No pasan en balde diez años, y de mozo a hombre se cambia mucho físicamente; pero se cambia más todavía de ideas y de sentimientos. ¿Que hablo como no hablaba?... Es verdad. Y de cien modos más tendrás que oírme, que aprendí muchas hablas peleando con muchas

gentes, y lo hermoso del lenguaje está precisamente en eso, en lo que se varía de tono, y en que unas veces las palabras sean caricias y otras veces las palabras sean puñales.

M. CRUZ.—Puñales, no...

GAB.—¿Hablaré contigo de igual manera que con una desconocida?

M. CRUZ.—Eso, claro que no.

GAB.—Pues eso es. Cada hombre lleva dentro de sí a cien hombres distintos, y según habla, con quien le ama, con quien le aborrece o con quien le es indiferente, así va contestando y saliéndole de dentro un hombre amante, un hombre cruel, o un hombre perverso y feroz...

M. CRUZ.—¿Eres vengativo?

GAB.—No. En el momento de la injuria o de la ira me parece bien todo, incluso las ferocidades. Después, y a sangre fría, no, me parece mejor perdonar.

M. CRUZ.—Eso es lo que debe hacerse siempre.

GAB.—¿Siempre?... Quizás..., pero recuerdo que ladrón era el de la cruz de la derecha, ladrón el de la cruz de la izquierda... y sólo uno fué con el Hijo al reino del Padre.

M. CRUZ.—¡Calla! ¿Vuelves para quedarte ya definitivamente?

GAB.—Sí.

M. CRUZ.—¿Vuelves sano y feliz?

GAB.—Sí.

M. CRUZ.—¿Y vuelves... vuelves... solo?

GAB.—(Riendo.)—Sí, Y tú... ¿estás sola?

M. CRUZ.—Con el abuelo y con...?

GAB.—Yo te contesté lealmente y pronto.

¿No sabes tú responder así?

M. CRUZ.—Sí.

GAB.—Pues responde.

M. CRUZ.—Sola estoy, Gabriel.

GAB.—Pues ya no lo estás.

M. CRUZ.—Gabriel.

(Se abrazan.)

GAB.—Sol... Sol de Castilla... ¿cuándo abrazaste tú con tanto fuego con una palabra cariñosa?... Y pensemos en los otros. Avisa al abuelito.

M. CRUZ.—Está muy bien y muy fuerte...

GAB.—Ya vengo informado de todos y de todo. Avisale, pero sin decirle que soy yo; dile que está aquí Jerónimo Carrillo, que desea hablarle un minuto a solas.

M. CRUZ.—¡Va a brincar de gozo el pobre abuelo!

GAB.—Avisa, avisa.

M. CRUZ.—Voy.

(Marcha.)

GAB.—María Cruz... Tengo sed.

M. CRUZ.—Pues bebe.

(Coge el cántaro.)

GAB.—¿Por tu mano?

M. CRUZ.—Sí, por mi mano.

GAB.—¿No tienes miedo?

M. CRUZ.—Ahora, un poco...

GAB.—Si bebo en tu ánfora, beberé en tu co-
razón.

M. CRUZ.—De eso, el Destino sabra lo que
ha de ser...

GAB.—¿Bebo?

M. CRUZ.—Bebe.

GAB.—(Después de beber un sorbo.)—Bien
hallada seas, Rebeca...

M. CRUZ.—Y bien venido seas tú, siervo de
Abraham... ¡Va a brincar de gozo el pobre abuelo!
¡Abuelo! ¡Abuelito!

(Mutis ligera por la izquier-
da.)

ESCENA X

DICHOS: DON INOCENCIO

GAB.—¡Mundo, mundo, tan inmenso como eres y cabes entero en los ojos de una mujer cuando nos mira piadosa y entero parece que te desplomas cuando leemos en ellos traición y perfidial... ¡Y aún hay quien pretende que tratemos igual a todos! ¡No! Palabras de cólera, pensamientos envenenados e intenciones dañinas... ¡no os apartéis mucho de mí por si os necesitare! Pero ahora, palabras de cariño, pensamientos de bondad e intenciones leales... ¡no os apartéis de mí, que os necesito mucho, y a quien llega se las debo!

D. INO.—(Entrando con María Cruz.)—Felices... ¿Es usted Jerónimo Carrillo, el sobrino de Narciso Fuentes, que en gloria esté? ¿Eh?

M. CRUZ.—(Traduciendo los gestos de Gabriel.)—Que sí, abuelo.

D. INO.—A usted le conocí de muchacho... pero hoy los muchachos van muy deprisa para viejos... y ya no le conozco. Es lo mismo. Siéntese y en buena hora pise mi casa. (Se sienta.) ¿En qué puedo servirle?

GAB.—(Fingiéndola voz.)—Soy el dueño actualmente del Agro de las liebres.

D. INO.—Ya lo sé. ¿Recibió mis cartas? ¿Eh?

M. CRUZ.—Que no.

D. INO.—Se cruzarían en el camino. Le proponía la venta...

GAB.—Y yo vengo a ofrecerla por lo que valga justamente, según la tasación de las partijas.

D. INO.—¿De veras? ¿Eh?

M. CRUZ.—Que sí.

D. INO.—¿De veras?

M. CRUZ.—Sí, abuelo, sí.

D. INO.—(Levantándose.)—¡Qué alegría! ¡Dios me inunda de mercedes, me inunda! Pero no quiero yo aprovecharme torcidamente de ese ofrecimiento generoso, no. En las partijas se tasa el Agro en ocho mil quinientas pesetas, pero usted ignora que yo antes ofrecí doce mil, y doce mil doy ahora, doce.

GAB.—No puedo modificar el precio, porque ya está hecha la escritura.

D. INO.—¿Cómo que ya está hecha? ¿Qué dice este hombre, María Cruz, qué dice?

M. CRUZ.—(Viendo que Gabriel enseña unos papeles y preguntando y afirmando a medida